





Gestos hurtados

Esther Fleisacher



LETRA X LETRA



*A mis hijas Érika y Ana.
Por el viento fresco
de sus revoloteos impredecibles.*

Fleisacher, Esther

Gestos hurtados / Esther Fleisacher. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2015.

100 p.; 18 cm -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-300-4

1. Cuento colombiano. I. Zuleta, José, Prol . II. Tít. III. Serie

C863 cd 21 ed.

F596

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría
Villegas

Gestos hurtados

Primera edición: septiembre de 2015

© Esther Fleisacher

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No.10 Sur-107

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-300-4

Imagen de carátula: *Ventana de mirar para adentro*, Antonio Bustamante, técnica mixta, 1992.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Presentación	
La sandalia desatada. <i>José Zuleta</i>	9
La piel cobarde	15
El radar de los murciélagos	21
Ecosistemas	27
Dora	33
El trébol	39
El luto	45
Mi regalo de Jánuka	51

Lavar la ropa.....	57
Sueños atravesados.....	65
Un acorde	73
Vetas de amanecer	79
Descentramientos y fugas	85
Un olvido freudiano en el 2010	93

Presentación

La sandalia desatada

Esther Fleisacher camina. Ve desde su ventana lo que ocurre bajo los almendros. Un murciélago entra en plena visita y todo cambia: lo que no se dice se hace evidente. Un muchacho duerme tendido en plena acera. Una bolsa azul es olvidada. Recuerdos, pequeñas cuitas, hechos fortuitos son convocados en *Gestos hurtados* en el tono menor de una poesía mayor. Estos relatos que parecen crónicas y a la vez poemas o las páginas de un diario, son el testimonio de que lo que ocurre a un escritor, aún lo cotidiano, lo rutinario, está lleno de sentido.

El sentido lo confiere la búsqueda. La pregunta por un orden estético. La aguda y profunda

capacidad de observar. Hay mayor valor en hacer literatura a partir de lo ordinario que de lo extraordinario; porque en lo común, en lo que pasa todos los días está la vida desplegada sin la parafernalia ni la vistosidad teatral de los grandes acontecimientos. Preguntarse por la razón de un olvido, por las bolsas de leche que rasgan los gatos en la madrugada, por el muchacho que lava carros, por la pasajera anónima de una buseta que lleva un gorro que oculta la calvicie de la quimioterapia, es un desafío que pone a prueba al escritor. El desafío de buscar, de conferir sentido a lo que encuentra a su paso.

La profunda dimensión que la literatura es capaz de otorgar a la vida parece ser lo que anima a quien escribe estos textos. Desnudas de artificios estas páginas logran mover y conmover, en ellas la escritora desata las tiras de su sandalia para que el camino sea vivido a pies descalzos, y así “la piel cobarde” logra ver con claridad, sentir plenamente, afirmar lo humano en medio de la rutina. Al leer a Esther Fleischer sentimos que

la quietud de un estanque ha sido golpeada por una mano que hace cobrar vida a las aguas dormidas; entonces de lo que era quietud y silencio emerge una música clara, precisa que nos cuenta y nos vindica.

José Zuleta

Cali, junio de 2015



Gestos hurtados



La piel cobarde





*Un día sofocante, la casa de un perro encadenado.
Unos pasos más allá un platito lleno de agua.
Pero la cadena es demasiado corta y el perro no alcanza.
Añadamos a la imagen un detalle más:
nuestras mucho más largas
y menos visibles cadenas
gracias a las cuales podemos pasar de largo tranquilamente.*

Wisława Szymborska, "Cadenas"

—¿Falta mucho para llegar a La Aguacatala? —preguntó al conductor la mujer que estaba sentada en la primera banca del bus.

—Sí, otro tanto —respondió otra mujer que iba una banca atrás.

—¿Allá queda el Centro de Oncología, cierto? —De nuevo la primera mujer. Sin esperar respuesta, continuó—. Tengo quimioterapia a las ocho, y mi hija no está. Cuando ella está me lleva y me trae en taxi. —Y miró a la mujer de la banca de atrás, que le indicó algo en voz baja mientras se

paraba para bajarse del bus; era alta y robusta, se veía saludable. Se despidió con amabilidad.

Yo me encontraba dos bancas atrás de las mujeres, en diagonal. Miraba con detenimiento a la del gorrito, pálida y vivaracha, de ojos negros, ojeras marcadas y nariz pequeña; vestía pobremente, una blusa lila, falda gris y sandalias negras; llevaba en la mano un monedero, un sobre de manila y un pañuelito blanco con bordes amarillos. Aparentaba sesenta años. Movía los labios y gesticulaba como si hablara consigo misma.

¿Esta señora le contaba al bus entero que iba para quimioterapia para desahogarse? ¿Tenía miedo? ¿Quería compañía? ¿Se trataba de exhibicionismo? ¿O simplemente parloteaba? Me he tropezado, unas cuantas veces, con personas que necesitan hablar continuamente; te miran, pareciera que se dirigen a ti, que te interrogan, pero no esperan respuestas ni comentarios, no ceden la palabra, se responden ellas mismas y empatan una palabra con otra, como si sólo hablando crearan su propio piso.

La próxima parada era la mía. Tenía cosas importantes que hacer: cumplir con entregas, citas, responder cartas, hacer llamadas y quería salir temprano, mi hijo menor estaba de cumpleaños. Y, como cada uno de los que íbamos en el bus, me pegué al empleo y a los compromisos que nos roban la humildad, y permití que la señora con sombrero a cuadros medio luto siguiera sola su camino.

Me bajé del bus unas cuadas antes de La Aguacatala, y mientras subía a mi oficina sentí la piel cobarde que se me apretó en las neuronas porque supe, una vez más, de la vida fracturada, estropeada... No sé si esa señora trata bien a sus hijos, a su perro, a los vecinos o a los gatos de la calle. No importa. El asunto es que iba sola a una sesión de quimioterapia con su gorrito en una ciudad donde no se acostumbra usar sombrero.